

LÁSZLÓ KRASZNAHORKAI

Y SEIOBO DESCENDIÓ
A LA TIERRA

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO
DE ADAN KOVACSICS

BARCELONA 2015



A CANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Sciobo járt odalent*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2008 by László Krasznahorkai
Publicado por vez primera en Publishing House Magvető, Budapest
Con permiso de S. Fischer Verlag GmbH, Fráncfort del Meno
© de la traducción, 2015 by Adan Kovacsics Meszaros
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-16011-45-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 3895-2015

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

1. El cazador del río Kamo	7
2. La reina repudiada	21
3. La conservación de un Buda	51
5. «Christo morto»	96
8. En lo alto de la Acrópolis	133
13. Se levanta al amanecer	152
21. Así nace un asesino	170
34. Vida y obra del maestro Inoue Kazuyuki	216
55. «Il ritorno in Perugia»	251
89. Lejana autorización	296
144. Algo arde allá fuera	320
233. Adónde miras	328
377. Una pasión particular	347
610. Sólo una franja seca en el azul	367
987. La reconstrucción del santuario de Ise	380
1597. Ze'ami se va	430
2584. Gritos bajo tierra	452

EL CAZADOR DEL RÍO KAMO

Todo se mueve a su alrededor como si por una vez hubiese llegado allí el mensaje de Heráclito, superando cuantos obstáculos encontró en el camino, transportado por una corriente profunda desde una distancia inconmensurable, porque el agua se mueve, fluye, viene y se aleja, se agita la seda del viento, oscilan las montañas en la canícula, y tremola y vibra también el calor en el paisaje, al igual que las pequeñas islas cubiertas de hierba alta y esparcidas por el cauce del río y cada una de las pequeñas olas que tratabillando se precipitan por el dique bajo y lo mismo cada una de las partículas inasibles y fugaces de esas olas que pasan como una exhalación y cada rayo de luz que se enciende en el manto de los pasajeros elementos, así como las gotas luminosas, imposibles de asir con palabras, chispeantes y dispersas que aparecen en la superficie y se desintegran en el acto, las nubes que se arremolinan, el nervioso y tembloroso cielo azul en lo alto, el sol, cuya presencia radiante y cegadora, concentrada en una fuerza inmensa e indescriptible, se extiende brillando con frenesí a toda la creación del momento, los peces y las ranas y los insectos y los pequeños reptiles en el río y los coches que progresan implacables por el asfalto humeante de las calles trazadas en paralelo a las orillas, los autobuses que pueden ser los de la línea 3 en el norte, o los de la línea 32 o los de la 38, luego las veloces bicicletas que se desplazan bajo los amplios diques de contención, los hombres y las mujeres que caminan a la vera del río por senderos abiertos o apenas insinuados en el polvo, y también los bloques de piedra puestos

de manera artificial y asimétrica bajo la masa fluente del agua para frenarla, todo ello aparenta o experimenta que algo le sucede, que transcurre y avanza y anda y se hunde y se levanta y desaparece y reaparece y corre y fluye y se escurre por alguna parte, pero él no, él no se mueve en absoluto, el *ooshirosagi*, pájaro níveo y enorme, cazador que ni siquiera esconde su vulnerabilidad, que puede ser atacado a voluntad por cualquiera, él se inclina hacia delante, tensa y estira hacia abajo el cuello que tenía doblado en forma de S y estira también, siguiendo la misma línea, la cabeza mientras aprieta las alas contra el cuerpo, apoya las delgadas patas en puntos concretos bajo el agua, clava la vista en la superficie de la fúgida corriente, en la superficie, sí, a la vez que, al refractarse la luz, ve con toda nitidez cuanto sucede allá abajo por muy rápido que venga, se percata de que algo acude, de que algo va a parar allí, de que viene un pez, una rana, un insecto o un diminuto reptil con el agua que en ocasiones se frena un poco y enseguida espumea, y entonces se abalanzará sobre la presa con un movimiento rápido y preciso del pico y la alzará, no se verá exactamente qué, pues todo se producirá con la celeridad de un rayo, de tal manera que no se podrá ver, aunque sí saber, que se trata de un pez, de un *amago*, de un *ayu*, de un *una*, de un *kamotsuka*, de un *mugitsuku*, de un *unagi* o de otro pez, por eso se ha parado allí casi en el centro mismo de las someras aguas del río Kamo y por eso permanece allí en un tiempo cuyo paso no puede medirse pero que existe sin la menor duda, en un tiempo que no va ni para delante ni para atrás, sino que es una suerte de remolino que no avanza hacia ninguna parte, echado allí como una complejísima red, y la inmovilidad del cazador tiene que nacer y mantenerse contra una fuerza tan enorme que sólo podría asirse en su simultaneidad, pero es precisamente esto, el asirlo todo de forma simultánea, lo que

resulta imposible, de suerte que sigue siendo inefable, no lo captan las palabras pensadas una para describirlo ni la totalidad de las palabras al alimón, y eso que él tiene que apoyarse en un solo instante a la vez y obstaculizar así cualquier movimiento y permanecer en solitario, por sí solo, en medio de la locura de los acontecimientos, en medio de un mundo ruidoso y agitado, en ese instante tendido como una red que luego lo cierra y lo encierra, es decir, tiene que detener su níveo cuerpo en el centro mismo del movimiento desenfrenado y oponer su inmovilidad a la fuerza gigantesca que se le echa encima desde todos lados, aunque mucho después sí se producirá, mucho después sí ocurrirá que volverá a participar en la locura total del movimiento desenfrenado y entonces se moverá él también, como todo, asestando un golpe con la velocidad de un rayo, pero por el momento solamente se encuentra en el instante que se cierra en torno a él, se encuentra en el comienzo de la caza.

Viene de un mundo en el que reina el hambre eterna y, por tanto, el hecho de que él cace significa que participa en la cacería generalizada, interminable, puesto que cada ser viviente a su alrededor acecha como sujeto de una cacería interminable a su presa prescrita, la acecha y se abalanza sobre ella, se le acerca y la agarra, la coge del cuello, le rompe la columna o le parte la espalda en dos, la pace, la absorbe, la traga, la perfora para chuparla, la roe, la muerde, se la zampa entera y así sucesivamente, él se halla, por tanto, en la insondable cacería, está obligado al objetivo de cazar, porque es la única manera de conseguir alimento en esta hambre eterna y, por tanto, en esta cacería universal y obligatoria que se extiende a todo y que, sin embargo, en su caso exclusivo e individual posee cierto significado más

rico cuando va y ocupa su lugar, esto es, cuando pone las patas en el agua y se apresta, como quien dice, un significado más rico incluso de lo que la propia palabra sugiere, de tal modo que bien podemos citar el célebre terceto de Al-Zahad ibn Shabih: «Un pájaro vuela a casa en el cielo. | Parece cansado. Ha tenido un día duro. | Viene de una cárcel: lo cazaban a él», y añadirle un matiz más complejo y variarlo en el sentido de que, si bien tenía un objeto inmediato, no tenía uno más lejano, en el sentido de que él existe en un espacio donde cualquier meta más lejana y causa más lejana resultan imposibles y, en cambio, es tanto más denso el tejido de los objetivos y de las causas inmediatas, en el que en su día él surgió y en el que luego tendrá que desaparecer.

Su único enemigo natural, sin embargo, el hombre, ser desterrado en el hechizo cotidiano del Mal y de la Pereza, no le presta atención allá en la ribera mientras anda, corre o va en bicicleta rumbo a o procedente de su casa por los senderos dibujados en las dos orillas del cauce o mientras permanece sentado en un banco y aprovecha la pausa del mediodía para almorzar su triángulo de arroz llamado *nigiri*, envuelto en algas y comprado en la tienda 7-Eleven más cercana, ahora no, hoy no, tal vez le preste atención mañana o pasado, cuando exista para ello algún motivo, pero si hubiera gente que lo mirara, él no le haría mucho caso, ya se ha acostumbrado a su presencia allá en la ribera, así como la gente se ha habituado a ese pájaro de cuerpo grande apostado en medio del agua somera, pero hoy no es esto lo que ocurre, nadie se percata del otro, aunque alguien podría ser testigo de que él se encuentra allí, en esa corriente que en gran parte de su curso no llega más arriba de las rodillas, esto es, un río de escasa profundidad salpicado de is-

las de hierba y, de hecho, bastante peculiar si no el más extraño del globo terráqueo, en medio, pues, del río Kamo y permanece completamente inmóvil, el cuerpo tensado hacia delante, a la espera del botín del día, durante minutos y minutos que se hacen asombrosamente largos y que no tardan en convertirse en diez y luego en treinta, porque en esa espera y atención e inmovilidad el tiempo se prolonga de manera increíble, y él sigue sin moverse, permanece exactamente igual, en la mismísima actitud, no se le mueve ni una pluma, allí está, inclinado hacia delante, con el pico en ángulo agudo sobre la superficie del agua fluente, nadie lo mira, nadie lo ve, y si no es hoy, tampoco será nunca en toda la eternidad, se mantiene oculta la inefable belleza de su postura, permanece imperceptible el hechizo extraordinario de su regia inmovilidad, de tal modo que queda oculto e imperceptible el hecho de que allí, en medio del río Kamo, en esa inmovilidad, en esa nívea tensión, se pierda antes de aparecer, de que no haya testigos para el descubrimiento de que es él quien da sentido a todo cuanto lo rodea, quien da sentido al mundo que da vueltas y vueltas con un movimiento vertiginoso, a la árida canícula, a las vibraciones, a la mezcla de voces, olores e imágenes, porque él es un caso excepcional en ese paisaje, es su artista irrefutable, el artista que, con la estética sin parangón de la perfecta inmovilidad, se alza cual culminador artístico de la quieta fijeza por encima de todo aquello a lo que, por lo demás, da sentido, se levanta, se eleva del loco desfile de su entorno e introduce algo así como una ausencia de objetivo—el hecho de ser, además, bello—por encima del sentido concreto que todo lo impregna, por encima incluso del sentido concreto de su propia actividad actual, pues para qué es bello además de ser un simple pájaro blanco que permanece a la espera en la corriente del río Kamo en Kioto, a la espera de que algo aparezca por fin bajo la superficie del agua, algo

que entonces arponeará sin piedad con su preciso pico y su precisa voluntad.

Ocurre todo esto en Kioto, y Kioto es la Ciudad Permanente del Comportamiento, el Tribunal de los Condenados a la Actitud Correcta, el Paraíso de la Conservación de la Postura Obligatoria, el Centro de Castigo de los Incumplimientos. El laberinto de la ciudad se compone de los diversos dédalos del Comportamiento, de la Actitud y de la Postura, de la infinita complejidad de las normas referidas a la relación con las cosas. No existen ni un solo palacio ni un solo jardín, no existen ni las calles ni los espacios interiores, no existe el cielo sobre la ciudad, no existen ni la naturaleza ni el rojizo *momiji* otoñal en las montañas circundantes ni el musgo en los patios de los monasterios, no existe la red de lo que queda de las tejedurías de seda de Nishijin, no existe el barrio de geishas escondido junto al santuario de Kitano Tenmangu, no existen ni el rigor arquitectónico puro de Katsura Rikyu ni el hechizo de las pinturas de la familia Kano en Nijo-jo, no existen ni el vago recuerdo del lugar de lo que fue el Rashomon ni el simpático cruce de Shijo y Kawaramachi en el centro de la ciudad en el agitado verano de 2005, no existe el hermoso arco de Shijobashi, del puente que señala hacia el elegante y siempre misterioso Gion, como tampoco existen los dos maravillosos hoyuelos en la carita de una de las geishas danzantes de Kitano-odori, sino que únicamente existe el Gigantesco Montón de Normas referidas a ellos, el orden de la etiqueta que actúa por encima de todo, que se extiende a todo y que, sin embargo, jamás ni una sola persona ha entendido plenamente, la invariable y a la vez voluble Cárcel de las Complejidades entre cosa y ser humano, entre ser humano y ser humano y, además, entre cosa y cosa, porque sólo así, sólo a través de ella

son autorizados a existir los palacios y jardines, las calles trazadas en una cuadrícula y el cielo y la naturaleza y el barrio de Nishijin y Fukuzuru-san y Katsura Rikyu y el lugar ya frío de Rashomon y los dos encantadores hoyuelos en la carita de la geisha de Kitano-odori cuando ella, nacida en el encanto, aparta un poquito, por un instante, su abanico para que todos le vean el rostro, pero realmente sólo por un instante, le vean esos dos hoyuelos de una belleza inmortal, esa sonrisa delicada, encantadora, fascinante que esboza ante el público compuesto por las viles miradas de una clientela de ricachones.

Kioto es la ciudad de las Referencias Infinitas en la que nada es ni puede ser nunca idéntico a sí mismo, cada una de las partes del gran conjunto se remonta al pasado, a una Gloria que no puede comprobarse, y de allí extrae su identidad actual, de una Gloria existente en un nebuloso pretérito o creada por éste, de tal modo que no resulta posible asir nada por ninguno de sus elementos ni mirar lo que uno tiene ante sus ojos, porque a aquel que intenta mirar se le desdibujan incluso los elementos más primarios y esenciales de la ciudad, como al visitante que en la monumental estación de Kioto se apea del tren de alta velocidad llamado Shinkanzen procedente de la antigua dirección de Edo y, tras hallar la salida correcta en la compleja red de pasillos subterráneos que recuerda a un parque de atracciones, desemboca allí donde acaba la Karasuma-dori y, en el lado izquierdo de esa calle que lleva en línea recta al norte, ve la valla imponente, larga y amarilla del templo budista llamado Higashi-Honganji, que se divisa ya desde la estación, y en ese mismo momento se sale del ámbito de la posibilidad, de su posibilidad de ver el Higashi-Honganji actual, puesto que el Higashi-Honganji actual no existe, en el instante

mismo en que la vista se posa en el templo actual, éste se solapa con otro templo que sería incorrecto llamar pretérito, puesto que el Higashi-Honganji tampoco ha poseído nunca un pasado, ni un ayer ni un anteaer, sino miles y miles de Referencias a los nebulosos pasados del Higashi-Honganji, de tal modo que se produce la situación más absurda, se produce, concretamente, la situación de que no existe ni un Higashi-Honganji actual ni un Higashi-Honganji pasado, sino sólo la Referencia autoritaria a su existencia en el presente y en el pretérito, y esa Referencia impregna entonces toda la ciudad mientras uno la recorre, atravesando el reino de las más asombrosas maravillas, desde el templo de Toji hasta el Enryakujii, desde el Katsura Rikyu hasta el Tofukujii, y hasta llegar a ese tramo del Kamo, más o menos a la altura del santuario de Kamigamo, donde susurrando fluye el río y se encuentra él, el *oosbirosagi*, el único que, curiosamente, posee tanto presente como pasado y, a la vez, ni lo uno ni lo otro, porque en verdad nunca ha existido en el tiempo que se desplaza adelante y atrás en una línea, y finalmente se llega a él, al que, como artista de la atención, le está encomendada la tarea de representar aquello que fija el eje del lugar y de las cosas en esa ciudad espectral, al que le está encomendada la tarea de representar lo inasible, lo intangible, lo que no dispone de realidad, esto es, de representar la insoportable belleza.

Un pájaro pescando en el agua: tal vez no sería más que esto para un observador neutral, siempre y cuando se haya fijado en él, y eso que no sólo debería fijarse en él, sino tomar conciencia y saber, saber al menos y ver hasta qué punto es superfluo ese pájaro que pesca inmóvil en las aguas someras entre islas cubiertas de hierba, hasta qué punto es terriblemente superfluo, es más, debería percibir (percibir,